

BREVE SEMBLANZA PÓSTUMA DEL ESCULTOR GONZÁLEZ MORENO

FRANCISCO SÁNCHEZ BAUTISTA

A esa tertulia del Paseo Alfonso X el Sabio, fundada por él y el profesor Barceló Jiménez, y que aún sostenemos unos cuantos adictos a la tolerancia y el buen entendimiento, acudía diaria y puntualmente el escultor Juan González Moreno acompañado de su hermano Pepe.

Lo veíamos llegar lento, pausado, donde le aguardaba y se le guardaba su inalterable lugar entre los tertulianos, donde, silencioso y receptivo, escuchaba atenta y respetuosamente mucho más que hablaba, sin esquivar aquellas preguntas que sobre escultura solíamos hacerle.

Lo hacía siempre con claridad, pues grande era su conocimiento, pero sin petulancia ni retóricas vacuas, que en esto demostraba su precisa sabiduría, su admirable reflexión sobre el arte de esculpir, que para él no tenía secretos. Ahí es donde se sentía a gusto y alcanzaba su más genuina y universal expresión.

Y es que Juan, nuestro querido amigo ausente, del que alguna vez se ha dicho y reconocido que era parco en palabras y adusto de gestos, no estaba ni provenía de ese mundo creador, y las más de las veces ampuloso, del que proceden los hombres de letras.

Él era un hombre de sabios y expresivos silencios.

Por eso, le abrumaban las palabras, porque sólo las palabras (y esto lo saben los verdaderos artistas que tienen que enfrentarse con la materia muda) se ha dicho que no son nada, ni siquiera persuasivas, si no convence la conducta del que las habla. Tal cual las oímos, sin creerlas, en no pocos demagogos al uso.





Retrato del pintor Benjamín Palencia

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"



Y esto es muy esencial a la hora de hacer una semblanza, aunque sea breve, de su talante, de su personalidad como artista inquieto a la vez que obsesionado por la perfección figurativa donde el relieve de lo captado no puede exceder más allá de la realidad física. Es decir, que su obra no permite retóricas verbales como tampoco acepta demasías ni adherencias innecesarias.

Había nacido en la pedanía huertana de Aljucer el 11 de abril del año 1908, en casa de modestos agricultores, y de ello me hablaba muchas veces, recordando que a los siete años de edad se despertó en él la vocación escultórica con la contemplación de la naturaleza, única inspiración y escuela de sus primeros años.

Él fue, y seguirá siendo por su escultura religiosa y civil, un escultor originario de la tierra murciana, de donde tomó sus más hermosos e imperecederos motivos –fervorosas imágenes procesionales, bellas y muy proporcionadas mujeres mediterráneas– de la tierra nutricia y huertana, que supo acariciar y dar forma con la magia de sus manos hasta alcanzar un singular e irrepetible neoclasicismo.

Por eso era callado y observador, casi rayando en la mudez, paciente y creador como esa misma generosa tierra nuestra y tan suya, porque supo moldearla a su bello antojo mucho antes que se le llenasen las retinas de esclarecida luz y fecundas frondosidades, en esa infancia en que el instinto, más viejo y sabio que la ciencia, le hizo despertar a la comprensión estética de las bellas cosas que lo rodearon como un deslumbrante génesis más allá de su primera memoria, porque todo lo verdadero es antes intuitivo en un sueño obsesivo, en una búsqueda casi sagrada donde la sola incertidumbre produce desasosiego.

Juan González Moreno, nuestro preclaro escultor, buscó y, como todo auténtico creador, encontró con verdadero estremecimiento lo que ya es seguro y cierto para la contemplación de las presentes y venideras generaciones. Lleva quien deja; y él llevó tanto que nos ha dejado muchísimo.

